

lanacion.com

Crítica de libros / Narrativa argentina

La novela de un estilista

En *Historia del pelo*, por medio de una prosa minuciosa, elegante y algo salvaje, Alan Pauls explora la singular obsesión capilar de su personaje para construir un relato desplazado sobre los años setenta

Sábado 17 de abril de 2010 | Publicado en edición impresa

Noticias de ADN Cultura: anterior | siguiente

FOTO



Pauls
Foto: Archivo

Por Jorge Monteleone Para LA NACION

Como muchos escritores de su generación, Alan Pauls halló en Roland Barthes un modelo donde el "yo" era esa estela incierta de elecciones ínfimas del deseo, gestos, encantos repentinos y, a la vez, la teoría de una subjetividad que no se manifestaba en una verdadera novela sino en la escritura de "lo novelesco".

Pero así como en sus inicios de agudo crítico literario esa influencia fue directa, en su narrativa el modelo se invirtió: lo novelesco desplazó el fantasma del yo, como relato autobiográfico y como teoría del

sujeto, hasta saturar su literatura con ese "yo" omnipresente y mutable cuya sola repetición lo volvía incierto, a la vez una fatalidad y una falacia. Imbuido de las corrientes de la teoría francesa cuyas liturgias recordaban la incesante muerte del "autor" y testigo de los fuegos artificiales del estallido del significante, Pauls conoció el pertinente borgismo del pudor argentino y la nadería de la personalidad. Formado como hombre de lettres, su áurea biblioteca incluía la alta literatura pero también la historietita, la televisión, el rock y en especial el cine -donde tampoco había jerarquías entre el Godard de *Vivir su vida* y el Terence Young de *Dr. No*, films de 1962-. Fue el heredero forzoso de esas "tres vanguardias" que Piglia predicó: la de Saer, Puig y Walsh y en cuyo horizonte inmediato estaban Osvaldo Lamborghini y Aira. Se halló en la encrucijada entre la imperiosa intimidad y el cometido de lidiar con las huellas traumáticas, manifiestas o no, de alguien que, a diferencia de otros narradores más jóvenes, no era un niño durante la dictadura de 1976.

Con todos esos restos, Pauls construyó su literatura sin renunciar a ninguno, pero en la paradoja y la aporía: ¿cómo hablar del yo sin caer en el imperio del sentimiento, pero sí en el de las pasiones?, ¿cómo ser intimista sin caer en la desdolorosa minucia del chisme ni en las manías del vitalismo y, a la vez, preservar su potencia de relato?, ¿cómo escribir después de Borges, pero también de Puig, de Walsh, de Saer y de Aira?, ¿cómo ejercer la ironía sin ser cínico?, ¿cómo ser testigo crítico de la historia sin mera corrección política ni atribuciones erróneas?

Uno de los modos fue escribir una novela imponente sobre la exclusiva pasión de la experiencia amorosa (*El pasado*). Otro, multiplicar el gesto del diario íntimo (cuyo género comentó y compiló) como relato casual y desagregado en breves crónicas, apuntes periodísticos, en esas instantáneas personales sin efectos de verdad documental llamado "Mi vida como hombre" o en el espléndido *La vida descalzo*, sobre la vida en la playa. Otro, en fin, como aquella breve épica cómica insinuada en *Wasabi* (protagonizada por un "joven escritor" como el autor, que viaja a Saint-Nazaire y cuya mujer se llama "Tellas"), ahora afianzada en una trilogía alimentada oblicuamente por numerosas referencias autobiográficas: la *Historia del llanto*, la actual *Historia del pelo*, y una futura *Historia del dinero*.

"No pasa día sin que piense en el pelo." Así se inicia el relato de un personaje obsesionado por alcanzar un peinado perfecto, que recorre incansables peluquerías y se ejercita, de ese modo, en la experiencia de la decepción. Con ese eje, el personaje recuerda también su niñez en los años sesenta y su adolescencia en los setenta. Para hablar de una época donde existió una ópera-rock llamada *Hair* y una revista llamada *Pelo*, cuando el rapado era prerrogativa de las fuerzas de seguridad y el modo de llevar el pelo una identidad, la elección de Pauls es tan intempestiva en el presente como coherente con el pasado. Así explora hasta las últimas consecuencias una anomalía: la obsesión es el eje desplazado de un relato social. El yo elusivo se manifiesta por la metonimia capilar y a través del cuerpo como fuente de humores, de secreciones anárquicas, bien lejos de todo ascetismo espiritual y de toda trascendencia.

Como esas historias minuciosas de la vida privada que refieren los anales de la casa, de la moda, de la cama o de la comida, el personaje de Pauls no sólo interpreta toda su vida como la historia del pelo, sino que ésta es también su intelección de lo real: del corte de su perro Curtius a los métodos de los peluqueros, del mechón del Che Guevara al de su primer corte de bebé, del afro al pelo de los actores "facheros" de los setenta opuestos al "pelo bueno" de los militantes y revolucionarios. La historia del cruce de tres personajes principales (el amigo de infancia, Monti; un peluquero paraguayo genial, Celso; y el hijo exiliado de un guerrillero, el "veterano de guerra") es animada por el pelo como motor del relato, pero antes por esa escritura minuciosa que crece y prolifera como su tema con una elegancia lúcida y un poco salvaje. La sorpresiva peluca del final, vinculada al secuestro de Aramburu, revela que nada, ni la insignificancia, puede sustraerse a la historia política, ni a la violencia ni a la tragedia. "Todo está en el pelo", se lee, y el pelo mismo se vuelve una máquina del tiempo, el corte a la ilusión de continuidad, el motivo de lo imprevisible y lo irregular. Y puesto que ningún corte es eterno, se transforma sin más en el sustituto de una original reflexión sobre la pérdida y la muerte, donde el yo melancólicamente naufraga pero la ficción triunfa.

© LA NACION

A quien le interesó esta nota además leyó:

18.04.2010 | Los dueños de la cumbre

17.04.2010 | Cuerpos lindos por si el amor no alcanza

17.04.2010 | Una fábula delirante



Enviar comentario

Todavía no hay comentarios ingresados en esta nota.